



bam  
bú



Avi  
La guerra  
de los botones

Traducción de David Paradela López

Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *The Button War*

Publicado por acuerdo con Walker Books Ltd.

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y sucesos que en ella aparecen son producto de la imaginación del autor o, cuando son reales, están usados de forma ficticia.

© 2018, Avi Wortis Inc., por el texto  
© 2019, David Paradela López, por la traducción  
© 2019, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Riki Blanco  
Diseño de la colección: Miquel Puig  
Coordinación editorial: Jordi Martín Lloret

Primera edición: febrero de 2019  
ISBN: 978-84-8343-576-2  
Depósito legal: B-1050-2019  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzós, SL  
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

**E**l bosque estaba en silencio. El calor de agosto traía un aire suave, impregnado de un olor a tierra y a frutos maduros. Los árboles, altos y viejos, se alzaban sobre nosotros como una iglesia antigua. Aquí y allá, los rayos del sol caían sobre las plantas, moteándolas con manchas de luz. Unas cuantas flores blancas y azules asomaban tímidamente el rostro, y aquí y allá brotaban algunas setas como húmedas burbujas de color pardo.

También había animales: venados, zorros, martas, serpientes. Claro que nosotros no los veíamos. Nuestras voces y risas habrían ahuyentado a cualquiera.

Éramos siete: Drugi, Jurek, Makary, Raclaw, Ulryk, Wojtex y yo, Patryk, todos entre los once y los doce años. No formábamos un club ni una pandilla; éramos más bien un rebaño de cabras salvajes. Corríamos por el pueblo, mero-deábamos por los campos, robábamos fruta, pateábamos una vieja pelota arriba y abajo de la calle, jugábamos o entrábamos y salíamos de la casa de uno u otro para darnos las últi-

mas noticias, como por ejemplo: «¡La hermana de Wojtex se ha cortado un dedo!».

Incluso nos vestíamos de forma similar: pantalones holgados, camisas oscuras, gorras de tela, zapatos viejos o botas remendadas. Naturalmente, había diferencias. Raclaw, cuyo padre se ganaba bien la vida, casi siempre llevaba ropa nueva con botones de azabache. Jurek, por el contrario, parecía sujetarse la ropa con imperdibles.

Pero daba lo mismo. Siempre lo hacíamos todo juntos. Por eso, cuando Jurek dijo que se iba a las ruinas porque su hermana se había enfadado con él y le había dicho que se marchase de la casa, nosotros fuimos con él. «Total –dijo–, las ruinas son mi verdadero hogar».

Como a un kilómetro bosque adentro, abandonamos el camino –con Jurek al frente– y nos internamos entre los árboles oscuros hasta llegar a un promontorio. Fue entonces cuando vimos los cimientos vencidos, los fragmentos de los antiguos muros y las piedras recubiertas de musgo y líquenes de un color gris verdoso. Casi todo estaba medio hundido en la tierra. Había también una chimenea que, aunque torcida, todavía podía utilizarse.

Yo creía que en tiempos había sido una granja.

Makary estaba seguro de que era un escondrijo de bandidos abandonado.

Ulryk creía que era una antigua iglesia.

Jurek insistía en que las ruinas habían sido un castillo que había pertenecido al antiguo rey polaco Boleslao el Bravo. Es más, Jurek afirmaba ser descendiente de Boleslao y, por consiguiente, el legítimo dueño de las ruinas, del bosque y hasta del pueblo.

Convencidos de que Jurek se había inventado esa historia para darse importancia, interpretamos el comentario como lo que era: una broma. Jurek tenía tanto de rey como yo de fraile. Podía ser que en el pueblo hubiera otros niños tan pobres como él, pero yo no los conocía.

Cuando llegamos a las ruinas, hicimos lo que hacíamos siempre: nos pusimos a recoger leña para encender la chimenea. Daba igual que hiciera calor. Sentarnos frente al fuego nos hacía sentir como si estuviéramos viviendo una aventura.

Jurek y yo fuimos juntos a buscar leña, caminando uno junto al otro.

–¿Y tu hermana te dejará volver a casa? –le pregunté.

–Sí, al final siempre me deja –dijo él encogiéndose los hombros y sonriendo, como para darme a entender que aquello no le quitaba el sueño.

Mientras recogíamos ramitas, vi una cosa pequeña que sobresalía de entre la tierra. Me agaché y lo cogí.

–¡Trae eso aquí! –gritó Jurek–. Yo lo he visto antes.

Mentira. Me giré para darle la espalda y me acerqué aquella cosa minúscula a los ojos.

–¿Qué es? –dijo Jurek–. ¿Qué es?

Para mí, aquello no era más que un viejo botón oxidado.

–¿Es dinero? –preguntó Jurek–. ¿Una joya?

–Es un botón.

–Lo necesito.

Lo miré.

–No, no lo necesitas. Tú usas imperdibles.

Eso lo dejó de pasta de boniato. Se quedó ahí, con la boca entreabierta y pálido como si acabase de vomitar. Tenía un aspecto tan ridículo que me eché a reír.

Al oír mi risa, saltó como un muelle: se abalanzó hacia delante y trató de arrebatarme el botón.

–¡Es mío! –gritaba.

–De eso nada –decía yo apartándome.

–¡Te digo que es mío! ¡Todo el bosque es mío!

Jurek daba vueltas a mi alrededor tratando de quitarme el botón. Yo me iba girando para impedirselo.

–¡Ya está bien! –gritó–. ¡Es mío!

Me aparté y lo miré. Estaba resollando, tenía los puños apretados y las mejillas coloradas. Jamás lo había visto tan enfadado.

–¿Se puede saber qué te pasa? –le pregunté.

–¡Todo lo que hay aquí es mío! –gritó–. Dámelo, ¡soy el rey!

–Qué tontería.

–¡No es ninguna tontería! –berreó, y trató nuevamente de quitármelo, pero logré girarme a tiempo.

Reconozco que yo no quería para nada aquel estúpido botón, pero me daba la impresión de que Jurek se comportaba como un cretino por culpa de la historia esa del rey Boleslao, y eso hacía que se me quitaran las ganas de darle el botón.

De pronto, Jurek agarró un palo bien grueso del suelo y lo levantó como si quisiera pegarme con él.

–¡Dámelo! –rugió con la cara llena de furia y blandiendo el palo como si fuera una maza.

Asustado, retrocedí unos cuantos pasos y lo miré, incapaz de comprender qué estaba ocurriendo.

–¡Te estoy avisando! –gritó, acercándose con el palo el alto–. Todo lo que hay aquí es mío. ¡Todo! ¡Dámelo!

El corazón me latía a toda velocidad, pero yo no quería ceder.

–De acuerdo –dije, y tiré el botón lo más lejos que pude–. Si lo quieres, ve a buscarlo.

Jurek ni siquiera miró adónde lo había lanzado, sino que se quedó donde estaba, sosteniendo el palo, resollando y temblando. Yo no podía dar crédito al odio que se reflejaba en su rostro.

Poco a poco, bajó el palo, pero sin quitarme los ojos de encima.

–Me voy con los demás –dije en cuanto recobré la voz, y eché a correr dejándolo ahí, aferrado aún a su palo y lleno de ira.

Cuando llegué a las ruinas, no les dije nada a los demás. Todo aquello era demasiado espeluznante. Además de absurdo.

Al cabo de un rato, Jurek regresó. Parecía haberse calmado, aunque al principio evitó mirarme. Él no dijo nada y yo tampoco le pregunté si había encontrado el botón. Ni por qué se había comportado como un loco. En lugar de eso, nos sentamos todos junto al fuego como siempre hacíamos y empezamos a charlar y a gastar bromas.

Cuando oscureció, nos levantamos y nos preparamos para irnos, pero Jurek se quedó rezagado.

En un intento por ser amable y quitarle hierro al asunto, le dije:

–¿Volvemos a casa?

Él me miró de forma inexpresiva.

–Mi casa es esta –dijo.

Nos fuimos. Jurek se quedó.

De camino al pueblo, no dejé de pensar en lo ocurrido. Lo cierto es que nunca había visto tanto odio en la cara de nadie. Desconcertado, traté de olvidar toda esa locura con la esperanza de que no volviera a suceder.

Pero no fue así.



Cuando ahora echo la vista atrás, pienso que Jurek y yo éramos como dos perros de la misma manada: algunas veces nos mirábamos meneando la cola; otras, gruñíamos y nos acechábamos, como habíamos hecho en las ruinas. En otras palabras, éramos amigos, podría decirse incluso que íntimos amigos, aunque al mismo tiempo también éramos rivales. Ni él ni yo –ni nadie más– habíamos hablado nunca de eso. Ni sabíamos cuál era la causa. Era así y ya está.

A pesar de todo, si nuestro grupo tenía un líder, ese era Jurek. Era él a quien siempre se le ocurrían cosas nuevas para hacer. Cuando uno vive en un pueblo pequeño como el nuestro, no es fácil tener nuevas ideas. Pero a él se le daba de maravilla.

Algunas de sus ocurrencias estaban bien: carreras, competiciones de pesca, construir fuertes. Otras, no tanto: derribar el viejo manzano del señor Konstanty, atascar con paja la chimenea de la casa del juez, escondernos en el bosque una

semana sin decírselo a nadie. No eran exactamente garras, pero casi.

La cuestión es que siempre estábamos desafiándonos a hacer esto o lo otro, aunque al final casi nunca hacíamos nada malo. Generalmente, nos contentábamos con provocarnos, como si fuéramos gallos en un corral, solo que, en vez de cacarear, nos reíamos. Aquellos desafíos eran nuestra manera de ponernos a prueba y ver quién era el más fuerte y quién el más débil.

Por lo común, yo era el que se oponía a las peores ocurrencias de Jurek: los desafíos que consistían en hacerle algo *a alguien*. Me imagino que era porque yo tenía unos padres muy estrictos que siempre insistían en que les dijera lo que hacía y me daban su opinión al respecto. Evidentemente, no se lo contaba *todo*.

Tiene gracia que Jurek y yo, aun siendo tan amigos, fuéramos tan distintos.

Los dos teníamos doce años, pero yo era más alto y corpulento.

Él tenía el pelo largo y castaño, la cara estrecha y los ojos de color azul claro.

Yo tenía el pelo corto y rubio, la cara redonda, las orejas grandes y era de carácter más bien sereno.

Jurek siempre estaba dándose aires con todo ese rollo del rey Boleslao. Y cuando íbamos a las ruinas, se ponía aún más pesado.

Mis padres siempre me decían que debía cuidar de los demás.

Los padres de Jurek habían muerto hacía mucho tiempo y, desde entonces, él vivía con su hermana de dieciocho años.

A nosotros nos parecía una chica guapa. Tenía otra hermana aún mayor, pero estaba casada y vivía fuera del pueblo. Yo no sabía dónde.

Jurek y su hermana vivían en una casucha de un solo cuarto al fondo de un callejón angosto situado en la punta del pueblo. El edificio estaba que se venía abajo.

Mis padres y yo vivíamos en una casa de madera de tres habitaciones en una calle estrecha cerca del centro del pueblo. En el cuarto principal estaba la cama de mis padres, cubierta con un edredón de plumas; luego estaba la cocina, con tres sillas, una mesa para comer y una ventana de vidrio. Mi padre tenía su taller en la parte trasera. Fuera, estaba la letrina.

La hermana de Jurek lavaba la ropa de los soldados rusos que vivían en el viejo cuartel al oeste del pueblo. Hacía la colada en el río y luego colgaba los uniformes a secar en una cuerda tendida entre los árboles de detrás de su casa. Con aquello ganaba el dinero justo para pagar el alquiler y la comida, pero siempre tenía las manos rojas de lavar con jabón de sosa en el agua fría.

Una vez seca y doblada la ropa, Jurek se la devolvía a los rusos y regresaba con más ropa sucia. También recogía la paga de su hermana, aunque luego no siempre se la entregaba íntegra. O al menos eso fue lo que me dijo, tras obligarme a jurar que no se lo diría a nadie. Como siempre estaba exagerando y presumiendo, no sé si era verdad.

Mi padre era carretero: construía y reparaba ruedas de madera para los carros. Era lo mismo a lo que se había dedicado su padre, y el padre de su padre, y así hasta el principio de los tiempos, supongo. A mi padre le gustaba decir: «El

mundo siempre se ha movido sobre ruedas de madera. Y así será siempre. Recuérdalo y así tendrás con qué ganarte la vida». De modo que, para aprender el oficio, yo lo ayudaba en el taller.

La cocina no era muy grande y mi madre preparaba la comida con un fogón de leña; yo me encargaba de traer la leña y el agua. Siempre había una cacerola de hierro con sopa que ni se enfriaba ni se acababa. Mi madre, además, remendaba la ropa de los granjeros a cambio de la comida que luego metía en la cacerola. Todas las noches cenábamos los tres juntos, algo en lo que mi madre siempre insistía.

Jurek rara vez comía con su hermana. Peleaban a menudo y ella siempre le decía que se fuera de casa, como aquel día que habíamos ido a las ruinas.

En el colegio, yo era un estudiante regular. ¿Y Jurek? Todo el mundo sabía que Jurek era el peor.

Yo dormía en un estante de madera alto y ancho de nuestra cálida cocina. Para encaramarme a él, me subía a una escalera que mi padre me había construido cuando yo era más pequeño.

En lo alto del estante, había una cajita que mi padre me había hecho para la confirmación. Dentro guardaba cosas que me parecían especiales: un trozo de hilo de plata, una mariposa de relucientes alas verdes, una estampita a color de san Adalberto y una piedra blanca con una raya azul, similar al ojo de un gato.

No creo que Jurek tuviera nada.

**18** Por lo que respecta al asunto del botón, acabé olvidándolo, así que las cosas siguieron como de costumbre... Hasta que ocurrió algo alucinante.

**T**odavía era agosto, e iba yo corriendo por la calle mayor de camino al colegio cuando divisé en el oeste un gran pájaro negro que sobrevolaba el cielo de color rojo sangre. Se dirigía hacia el pueblo.

A pesar de que la vieja escuela de madera, con su pequeño campanario, se encontraba a solo medio centenar de metros, me paré a mirar e intenté encontrar sentido a lo que estaba viendo.

Eché un vistazo alrededor por si veía a alguno de mis amigos, pero no vi a ninguno. En el pueblo había mucha animación y la calle estaba llena de gente. El señor Kaminski estaba abriendo los postigos de su pequeña tienda de ollas y sartenes. La señora Kaczmarek estaba colocando sus botas de segunda mano en su sitio. Vi al señor Zajac pasar con su carrito tirado por un burro. Y había mucha más gente, como los labriegos que se dirigían a los campos que rodeaban el pueblo. Sin embargo, nadie aparte de mí parecía haber reparado en aquella enorme ave.

Tras observar unos minutos el pájaro –si es que eso era–, me di cuenta de que tenía dos pares de alas, uno encima del otro. Aquello no se parecía en nada a ningún pájaro que hubiera visto nunca. Empecé a pensar que quizá no fuera un pájaro, sino un insecto gigante, una especie de libélula, con sus alas múltiples. Encontrar una de ese tamaño habría sido impresionante, porque en mi pueblo casi nunca se veía nada extraordinario.

Embobado aún, me fijé en que las alas de aquella criatura no se movían. ¿Sería un cuervo planeando al viento? Pero no había viento, y el aire, caliente y húmedo, estaba tan quieto como el pescado del puesto de la señora Zielinski.

De pronto, oí un repiqueteo que por lo visto provenía de aquella cosa voladora. No era un zumbido ni un silbido, ni se parecía en nada al ruido de los abejorros o los mosquitos; era más bien un taca-taca-tac. Me recordó al ruido de las alas de los saltamontes. Aparte de eso, el único sonido que me venía a la cabeza era el de un hacha –chac, chac, chac– cortando a toda velocidad. Aunque, evidentemente, era imposible que allí arriba hubiera un hacha.

Al oír el ruido, unas cuantas personas alzaron la vista, pero tras observar unos instantes siguieron con sus quehaceres.

Yo, en cambio, estaba tan fascinado que no podía moverme de ahí.

Fuera lo que fuese aquello, siguió bajando hasta llegar a unos cien metros sobre el suelo y continuó volando, cada vez más cerca de donde yo me encontraba.

Poco a poco eran más las personas que dejaban lo que estuvieran haciendo y, como yo, se quedaban mirando.

De repente me di cuenta de que entre aquellas alas dobles había cables y palos, así como una especie de humo que salía de lo que debía de ser la nariz. Cualquiera habría dicho que era uno de esos dragones que escupen fuego. Solo que yo no creía en dragones.

Entonces vi que delante de la nariz de la cosa –si es que era la nariz– había una especie de disco gris. Parecía girar. Me dije que a lo mejor aquello era una máquina, una máquina capaz de volar. Lo pensé porque Raclaw me había dicho que en alguna parte habían inventado unas máquinas voladoras.

La gente hablaba de inventos de todo tipo en lo que nosotros llamábamos «el mundo de fuera». Cosas que en nuestro pueblo no había. Aun así, cuando Raclaw me habló de las máquinas voladoras, yo no lo creí.

–¿Cómo va a volar una máquina? –dije yo.

–Pues volando.

–¿Dónde lo has oído?

–Lo pone en un periódico que le envían a mi padre. Dice que existen. Los llaman «aeroplanos».

–¿Y alguna vez has visto alguno de esos... aeroplanos?

La palabra se me hacía difícil de pronunciar.

–Solo en fotografías.

–Pues yo no me lo creo.

–Me da igual si te lo crees o no. Es la verdad.

Mientras estaba ahí de pie mirando, empecé a pensar que quizá Raclaw tenía razón y lo que yo estaba viendo era ni más ni menos que una máquina voladora.

Detrás de la nariz del aparato había una especie de bulto; al aguzar la vista, caí en la cuenta de que era un hombre que iba sentado dentro de la máquina. Tenía una cabeza desco-

munal, con unos ojos redondos y brillantes que no parecían humanos. Más bien recordaban a los de un insecto. Lo cual resultaba extraño. Perturbador.

Miré a mi alrededor para ver si cundía el miedo. Aunque ahora eran muchos quienes miraban, nadie parecía alarmado.

Tras pegar un acelerón, el aeroplano –si es que eso era– pasó haciendo taca-taca-tac por encima de mi cabeza y tuve que echarme hacia atrás para ver lo grande que era. Conforme avanzaba, una sombra negra recorrió el pueblo. Por fin toda la gente que estaba en la calle dejó lo que estaba haciendo y miró boquiabierto. Incluso se veían cabezas asomadas a las ventanas.

El aeroplano cruzó levantando un torbellino de viento tras de sí. Mientras pasaba, vi que tenía unas cruces de color negro en las alas, además de ruedas y una especie de cola mecánica, lo cual acabó de convencerme de que debía de ser uno de aquellos artilugios voladores. Estaba fascinado.

En ese momento, vi que algo caía del aparato. Lo primero que pensé fue que era una pieza de la maquinaria o (sin desterrar del todo la posibilidad de que fuera un pájaro) tal vez un huevo. Eché a correr en dirección adonde había caído con la idea de recogerlo.

Pero entonces hubo un resplandor rojizo, seguido de una gran explosión. En menos de un segundo, en el colegio empezaron a levantarse llamaradas de color azul, rojo y amarillo.



**L**a potencia de la explosión me golpeó en el pecho y me hizo tambalear, pero aun así conseguí mantener el equilibrio. Vi que el colegio era pasto de las llamas y que un denso humo negro se alzaba hacia lo alto. En el aire, además, se percibía un olor acre que me provocaba escozor en los ojos.

Busqué la máquina voladora con la mirada. Había remontado el vuelo y, tras describir un amplio giro, se dirigía hacia el oeste, por donde había llegado.

Al mismo tiempo, la gente –gritando, llorando, chillando– echó a correr despavorida hacia el colegio.

El edificio aledaño al colegio era la iglesia. También desde ahí empezaron a salir personas –sobre todo mujeres–, entre ellas nuestro viejo cura, el padre Stanislaw.

De repente aparecieron los soldados rusos del cuartel del pueblo, algunos de ellos fusil en mano.

Corrí hacia el colegio, pero me detuve en cuanto vi primero a dos y después a cuatro niños salir a trompicones por

la puerta en llamas. Uno era un niño de nueve años llamado Cyril. La ropa le ardía y gritaba como nunca había oído gritar a nadie antes.

Mientras lo miraba horrorizado, Cyril se desplomó y empezó a revolcarse por el suelo. El padre Stanislaw se le acercó y trató de apagar las llamas con las manos. No sirvió de nada; Cyril seguía dando unos berridos horripilantes.

Cada vez había más personas chillando y dando gritos. Algunas se acercaron a Cyril; otras trataron de sofocar el incendio del colegio. Yo tenía tanto miedo que me había quedado inmóvil. Y sollozando. No pude contenerme.

Pasados unos instantes, el edificio en llamas se vino abajo con gran estruendo, como si alguien hubiera soplado tan fuerte que lo hubiera derribado.

Sin saber muy bien qué estaba ocurriendo, vi cómo se llevaban a Cyril, muerto. Nuestro maestro, el señor Szujski también estaba muerto.

Cuando mi madre, presa del pánico, me encontró, yo seguía ahí de pie, demasiado asustado para moverme. Me apretó contra su pecho y empezó a besarme la frente. Yo no podía parar de llorar. Ella tampoco.

Más tarde, aturdido y temblando aún, di vueltas por el pueblo mientras escuchaba lo que decía la gente. Creían que era un aeroplano y que lo que había soltado sobre el colegio era lo que llamaban una «bomba».

En otras palabras: aquella máquina voladora había llevado la guerra a mi pueblo.

**Y**o había nacido en el pueblo y había vivido ahí toda la vida. No era muy grande. No habría más de un centenar de casas de madera y ladrillo. Ninguna de ellas era de grandes dimensiones, salvo el edificio de ladrillo de tres pisos donde vivía el juez. Supongo que debía de haber en torno a un millar de habitantes, casi todos pobres. Sí, había un par de terratenientes ricos, pero la mayoría de la gente eran granjeros y campesinos que trabajaban en los pequeños campos que rodeaban el pueblo. También había algunos comerciantes, pero no ganaban gran cosa.

En el pueblo había una calle principal, adoquinada en el tramo del centro urbano. Desde ahí partían calles y callejones estrechos y tortuosos. Como eran de tierra, cuando llovía se formaba una espesa capa de lodo, y, en invierno, una especie de nieve turbia y fangosa.

En los campos de los alrededores se cultivaban patatas, coles, cebollas y centeno. Algo más allá, dos o tres kilómetros

al este, crecía un bosque espeso, verde y oscuro en verano, gris y blanco en invierno.

Por el medio del pueblo cruzaba un río, al que llamábamos simplemente «el Río». La mitad de la gente vivía al este del Río y la otra mitad al oeste, pero todos nos considerábamos del mismo pueblo. Un puente de madera destartalado unía ambas orillas. La gente decía que el puente era la razón por la que se había fundado el pueblo.

El agua del Río era fría. Muchos, como la hermana de Jurek, iban allí a lavar la ropa. En verano, mis amigos y yo nadábamos o pescábamos en él. En invierno, aunque nevase, el Río nunca se congelaba. Discurría demasiado deprisa, como si quisiera alejarse de nosotros.

También había una iglesia católica, la de San Adalberto, con nuestro viejo cura, el padre Stanislaw. Yo le tenía cariño. Jamás nos regañaba y contaba buenas historias.

Detrás de la iglesia había un abarrotado cementerio, de modo que los habitantes del pueblo no se iban de allí ni siquiera cuando se morían.

Antes de que el aeroplano lo bombardeara, teníamos un colegio, consistente en un edificio de una sola habitación. A nadie le gustaba ir. El maestro, el señor Szujski, era de lo más aburrido y tenía una vara de madera con la que nos golpeaba en las espinillas cada vez que respondíamos mal a una pregunta, que según él era casi siempre. Jurek era el que se llevaba más palos. Además, por decreto del Gobierno, el señor Szujski enseñaba solamente en ruso. En el colegio, nadie podía hablar polaco.

La única carretera que entraba y salía del pueblo era una calzada de tierra de color blanco grisáceo. Por la noche,

cuando brillaba la luna, relucía como una Vía Láctea terrenal. El señor Wygoda, el tonelero del pueblo y amigo de mi padre, me dijo una vez que si caminaba lo suficiente hacia el oeste, llegaría a una gran ciudad. Decía también que haciendo lo mismo en dirección este, había otra ciudad aún mayor. Nunca le pregunté cómo se llamaban.

A veces pensaba que podía ser una buena idea tomar la carretera hacia el este o el oeste, pero como no sabía dónde podía terminar, aceptaba que vivía en medio de la nada y que pasaría el resto de mi vida –y de mi muerte– en el pueblo, como todos los demás.

En broma, decíamos que en mil años nada había cambiado en el pueblo y que nada cambiaría tampoco en otros mil. Por eso la aparición del aeroplano y el lanzamiento de la bomba me habían causado un impacto tan grande. Por primera vez en la vida, no sabía qué podía ocurrir.

Nadie lo sabía.

**E**n mitad del pueblo, en la calle principal, ya cerca del puente, había un pedestal de cemento de un metro de altura y de unos tres metros de largo por tres de ancho. Encima había un surtidor de agua dotado de grandes ruedas a ambos lados de un caño de hierro oxidado. Al girar las ruedas, salía el agua fría. Que yo sepa, siempre había estado ahí.

Por la mañana y a primera hora de la tarde, las familias se congregaban ahí con baldes de madera para recoger el agua necesaria para el día. Esa era una de las cosas de las que yo me ocupaba en casa.

Por las tardes, las mujeres iban ahí a buscar agua para cocinar y a intercambiar noticias. Luego de cenar, los hombres se iban a la taberna del otro lado de la calle para sentarse en los bancos e intercambiar sus versiones de las noticias recibidas. La mayoría de las noches –sobre todo con el calor del verano–, mis seis amigos y yo nos reuníamos al lado del surtidor de agua.

En el pueblo había más niños, muchos, pero, para nosotros, el pedestal del surtidor era nuestro. Cuando estábamos ahí, nos asegurábamos de que nadie más lo ocupase.

A primera hora de la noche –y cuando hacía calor, también más tarde–, cuando el colegio, las tareas de la casa o el trabajo habían terminado, nos subíamos al pedestal, nos sentábamos y veíamos pasar a la gente, los carros, las carretas, los caballos y los burros. Nos reuníamos allí tan a menudo que la gente del pueblo lo llamaba «la Fuente de la Juventud».

Ahí sentados, nos contábamos chistes malos, decíamos tonterías, reíamos, pateábamos el suelo, les decíamos cosas a las chicas y nos golpeábamos unos a otros en los hombros sin ningún motivo en especial; pero sobre todo hablábamos: nuestras palabras revoloteaban de uno a otro todo el tiempo, como las cartas de un mazo al repartirlas.

Una tarde, tres días después de la caída de la bomba, nos sentamos en el surtidor tras asistir al funeral de Cyril. Las llamas le habían provocado quemaduras por todo el cuerpo. El padre Stanislaw le dijo a Ulryk que Cyril se había quedado sin cara.

Al oírlo se me revolvió el estómago.

Sabíamos que durante el funeral se esperaba que estuviéramos tristes, así que tratamos de actuar como correspondía, pero el servicio fue muy largo y al final ya no sabíamos qué hacer con nuestra pena. Hacía el calor propio de agosto, y las lágrimas y el dolor nos agobiaban como una manta gruesa.

Sentados en los bancos de la iglesia, estuvimos lanzándonos miradas furtivas, poniendo muecas, encogiendo la cabeza y rascándonos las piernas, hasta que alguien de la congrega-

ción dejó escapar un eructo y nos las vimos negras para no soltar la carcajada.

Después del funeral, la gente del pueblo se quedó delante de la iglesia, discutiendo sobre si el aeroplano volvería o no para lanzar otra bomba.

Ya en el surtidor, nadie dijo nada sobre Cyril. Aunque estábamos tristes y conmocionados, no sabíamos cómo hablar de él ni del maestro. Ni siquiera podíamos hablar del hecho de que el colegio fuera ahora una ruina carbonizada. Lo cierto es que no nos parecía mal habernos quedado sin escuela. Como ya he dicho, detestábamos al maestro, el señor Szujski. Lo único que podíamos hacer era preguntarnos por qué aquel aeroplano nos había tirado una bomba.

Y si volvería.